

## NUEVAS TENDENCIAS

---

Y esto hace que arrojemos al mercado de trabajo alumnos muy bien formados académicamente pero desprovistos de armas sociales para, por ejemplo, superar una entrevista de selección o tener éxito en una empresa. Finalmente, hemos considerado necesaria la incorporación de la formación en Habilidades Sociales dentro de los *curricula* académicos de los Colegios, Institutos y Universidades, mostrando algunas de las herramientas que deben utilizarse para ello. Y, para terminar, simplemente deberíamos recordar que las empresas contratan a la persona, no al *curriculum*.

*Alain Martín Molina*

*Licenciado en Ciencias Políticas y Antropología Sociocultural.  
Master en Recursos Humanos*

## El hombre de internet

Vivimos en un mundo en el que no podemos mantenernos al margen de muchas cosas, ni siquiera intentándolo. Ustedes conocerán probablemente a unos cuantos "tecnóforos": esos enemigos declarados e impenitentes de las tecnologías de la información y la comunicación, de internet y de los "cacharros" que lo acompañan: *smartphones*, tabletas, portátiles, ipads, ipods, iphones...

Pues bien: su intento es inútil. Saben y usan la tecnología más de lo que les gustaría confesar. ¿Quién no ha visto algún vídeo en YouTube: –desde goles de Messi o Cristiano hasta imágenes emocionantes o graciosas? ¿A quién no le han enseñado fotos de amigos o familiares colgadas en Facebook? ¿Quién no se ha enterado de noticias de última hora por Twitter? Más aún: esos "tecnóforos", como cual-



quiera, figuran en el censo, en los registros de la DGT y de otros organismos, escuchan música o la radio, ven películas o la televisión o hablan por teléfono gracias a la digitalización. Sus datos, más o menos encriptados, circulan por la red como tantísimos datos de tantísima gente de todo el mundo. Por acción o por omisión, somos "hombres de internet": es imposible vivir al margen de la red de redes.

Algunos datos recientes pueden acabar de convencernos. En 2013 había en el mundo:

- más de 6.000 millones de teléfonos móviles.
- Facebook (fundada en 2004) tenía 1.100 millones de cuentas.
- Twitter (fundada en 2006) llegó a los 200 millones de usuarios que enviaron más de 500 millones de tuits al día.
- Se vieron 6.000 millones de horas mensuales de vídeo en YouTube (1 hora por habitante de la Tierra). Es decir: durante 2013, la humanidad "gastó" mensualmente casi 40 años viendo vídeos en la plataforma de Google. (Por cierto: Google recibió en 2012 más de 3.300 millones de consultas diarias).
- Etcétera.

Ante cifras tan apabullantes casi podría decirse que tenemos más motivos para ser llamados "hombres de internet" que *homo sapiens sapiens*.

Pero no hay que dejarse impresionar demasiado por la magnitud de estos datos. Internet no es más que un recurso. Materialmente, la red existe desde hace unos 50 años (la red ARPANET, del Ejército de los Estados Unidos). Pero la idea de



internet, tal y como la entendemos y como se ha desarrollado hasta nuestros días, se debe al informático británico Tim Berners-Lee. Hace ahora justamente 25 años, el 12 de marzo de 1989, siendo investigador del Centro Europeo de Investigación Nuclear (CERN), con sede en Ginebra, propuso un proyecto para facilitar a quienes trabajaban allí el acceso a la información resultante de la investigación que ellos mismos hacían. "El CERN, –decía Berners-Lee en 1989– es un modelo en miniatura del resto del mundo en los próximos años". Y continuaba: "Se encuentra ahora con los problemas con los que el resto del mundo tendrá que enfrentarse pronto".

La idea de Berners-Lee consistía –dicho muy básicamente– en conectar los servidores que contenían la información, organizar esa información de un modo hipertextual, esto es, no jerárquicamente sino contextualmente, y hacer disponibles esos datos a todos desde plataformas distintas y remotas. La capacidad de almacenar, la conectividad y la accesibilidad harían que los usuarios generaran a su vez más información que enriquecería el sistema, lo haría más útil y, por tanto, generaría más accesos que harían crecer inmensamente la información disponible. Esa retroalimentación es lo que hace crecer internet de manera tan rápida. Para aplicar esta idea al mundo entero tenían que resolverse el problema de la conectividad (solucionado con la red de ARPANET) y el problema de la capacidad de almacenamiento de datos. Esto último no es un problema nuevo: tener información ha sido desde siempre una aspiración de muchos a lo largo de la historia.



Actualmente la capacidad de almacenar información es inmensa: crece al mismo ritmo que la propia información. No dejan de aparecer nombres nuevos para designar la medida de la capacidad de almacenamiento de datos: desde el mismo concepto de bit –el 0 o 1 del código binario– pasando por la unidad mínima de información –el byte, 8 bits–, hemos superado ya ampliamente los kilobytes, megabytes y gigabytes (que son medidas domésticas de capacidad de almacenamiento de información, la que llevamos, por ejemplo, en el teléfono móvil), para adentrarnos en las dimensiones inmensas de los terabytes (¿quién no tiene un disco duro de al menos 1 tera con películas, series y música?) o de los petabytes, exabytes, zetabytes o yotabytes, magnitudes que miden cantidades difícilmente imaginables de información.

Como decía, el afán por almacenar información no es nuevo: en el siglo III antes de Cristo, el rey Tolomeo de Egipto convirtió la rapiña de libros en ley para que su famosa Biblioteca en Alejandría almacenara todo el conocimiento existente. Aunque la Biblioteca de Alejandría entera cabría hoy en un iPad, el principio que inspiró a Tolomeo es el mismo que inspira, por ejemplo, a Google o a la NSA, especialmente después del atentado a las Torres Gemelas en 2001: registrarlo todo, almacenarlo todo, conocerlo todo. Lo revolucionario no es, pues, el deseo de almacenar datos, sino la capacidad de acceder a ellos, de recuperarlos y de analizar la información que se posee. Esa fue la idea de Berners-Lee y eso es internet: la creación de grandes almacenes de datos creados, comprados, recogidos o incluso robados (como hizo Tolomeo hace 24 siglos), conectados entre sí, y con la información organizada de tal manera que sea accesible para todo el mundo.



A pesar de su sofisticación, internet es, repito, solo un recurso tecnológico, algo en apariencia meramente logístico: es almacenamiento y distribución de información. Sin embargo, detrás de la simplicidad del planteamiento hay implícita una idea básica: la de comunidad. En el caso de Berners-Lee y su propuesta de 1989 era la comunidad de los investigadores del CERN. Pero la conexión de servidores y la democratización del acceso a sus contenidos para los miembros de la comunidad de investigadores del CERN era una idea aplicable –y que fue aplicada de hecho– más allá de sus limitadas paredes. La vinculación de servidores en todo el mundo y la accesibilidad a sus contenidos hicieron nacer –y crecer exponencialmente– la red de redes. Gracias a la "logística", los hombres de hoy podemos experimentar, comprender y vivir el mundo como la comunidad que realmente es. La comunicación es, sí, transmisión, transporte de datos y mercancías. Pero esa visión logística de la comunicación no sería completa si no fuera acompañada por la visión de la comunicación como integración de personas, como creación de comunidades, incluso de una comunidad global. La transmisión de contenidos, el transporte y la comunión de personas van de la mano. La comunicación es la integración de personas por medio de la transmisión y el transporte. Internet tiene mucho que ver con la vida en común: ofrece a la humanidad unas posibilidades que nunca antes se habían tenido que vivir en el "mundo real", un mundo de todos. Si existía la idea: piénsese en la noción de "Iglesia" en el Cristianismo o en la de "Fraternidad" en la Ilustración. Pero no era fácil o posible para esas ideas superar lo meramente espiritual o intelectual: faltaba la logística que las materializara. La conciencia de que pertenecemos a una comunidad



global, en la que todo nos afecta independientemente de la distancia e incluso del tiempo, es en nuestros días más clara y universal que nunca gracias al desarrollo tecnológico que supone internet.

Ahora bien, no toda posibilidad se convierte en realidad. Que internet ofrezca la posibilidad de visualizar y experimentar más intensamente la comunidad no significa que realmente se consiga.

"Is Google Making us Stupid?" (¿nos está volviendo tontos Google?). Así tituló Nicholas Carr su popular ensayo publicado en la revista *The Atlantic* en 2008. Internet, sostiene Carr, puede estar teniendo efectos negativos sobre las capacidades cognitivas del ser humano, concretamente sobre nuestras capacidades de concentración y de contemplación. Carr sostiene en su trabajo que la lectura en pantallas es más superficial que la lectura en papel. Internet facilita tanto la tarea de conocer (es una de las "tecnologías intelectuales" de las que hablaba Daniel Bell) que hace perder la habilidad de ponderar las ambigüedades y rellenar las lagunas que implica la verdadera actividad intelectual humana. Y añade Carr que esa facilidad para conocer sin esfuerzo no es accidental. Puesto que el modelo de negocio en internet se basa en el "tráfico", esto es, en la visualización del mayor número de páginas posibles, el sistema propicia que los usuarios estén en cada sitio de internet el tiempo preciso para continuar la navegación a través de enlaces patrocinados, anuncios, lugares de venta, etc. Y todo ello dejando un rastro digital que nos convierte en un mejor objetivo publicitario y comercial.



Es indudable el efecto pernicioso que el consumo desmedido de internet puede tener en las habilidades intelectuales. Yo añadiría que también pueden tener un efecto negativo en las habilidades sociales y en la propia libertad, en el dominio de uno mismo. Sin embargo, no creo que la abundancia de información sea perniciosa. Como no lo es la abundancia de alimentos, o de ropa, o de dinero, que también pueden generar –y de hecho generan– efectos negativos en las personas.

Por lo que se refiere a la información, la realidad es que la humanidad siempre ha buscado recursos para ampliar su memoria y facilitar que el conocimiento adquirido no se pierda. Esa aspiración y ese logro están en la misma naturaleza humana. Todos los tipos de conocimiento, desde el más rutinario y cotidiano hasta el más sofisticado, están repartidos. En un matrimonio, en una empresa, en la sociedad en su conjunto, los seres humanos se "reparten", consciente o inconscientemente, el conocimiento. Y esa "memoria transactiva" refuerza los lazos de cada comunidad. Unos conocen fechas de cumpleaños, otros saben manejar el ordenador. Cuando aparece una nueva información cada uno sabe quién la retiene y a quién recurrir cuando sea preciso. Un ruido nuevo en el coche, por ejemplo, nos lleva al mecánico, que es el que sabe interpretar esa nueva información (y esperemos que arreglar el problema).

La escritura fue el primer gran paso para la ampliación de la memoria humana: poder dejar por escrito el conocimiento liberaba de la necesidad de retener esa información y permitía centrarse en operaciones más necesarias, al tiempo que ampliaba la capacidad de almacenar datos. Pero, como ocurre ahora con internet, ya hubo quien advirtió de los peligros que para la mente humana y para la vida social supo-



nía la "facilidad" que proporcionaba la escritura: ahí tenemos ni más ni menos que a Sócrates advirtiendo de los peligros de la escritura, especialmente para la gente joven (¿no les suena esto a algo muy "de ahora"?).

Con la invención y generalización de la imprenta ocurrió algo similar. Se decía que "la abundancia de libros hará al hombre menos estudioso". ¿Para qué aprender lo que ya está en los libros? Bastará con acudir a ellos.

Es obvio que estos grandes avances –la escritura, la imprenta, internet– han introducido cambios muy relevantes en la relación del hombre con el mundo. Al fin y al cabo esas tecnologías permiten superar las limitaciones que el espacio y el tiempo suponen para la comunicación humana, para la vida de la comunidad. Sin embargo, el hombre de la comunicación oral, el hombre de la escritura, el hombre de la imprenta, el hombre de las ondas y el hombre digital son el mismo y único hombre: un ser que busca razones, que busca trascendencia, que procura dominar la naturaleza de la que forma parte y que, en el desarrollo de esas capacidades, a veces, pierde de vista que es tan criatura como el resto de la Creación y que su dominio sobre el mundo es resultado, como el Génesis cuenta tan bellamente, del aliento con que Dios dio vida al hombre y lo hizo así partícipe de su Naturaleza Divina.

Ciertamente, internet ha supuesto –y supondrá– cambios muy importantes en la vida de la humanidad, especialmente en lo que se refiere a la "memoria transactiva" o cooperativa, y con ella en la intensidad de los lazos de la comunidad. Las máquinas amplían la capacidad de almacenamiento de datos de una manera difícil de imaginar, pero también generan una cantidad igualmente inimaginable de información.



La mayor parte de esos datos no se han analizado ni transformado en conocimiento. Se equivocaba Oscar Wilde cuando afirmaba en 1894, ante el avance de la ciencia y el conocimiento: "Es muy triste que hoy en día haya tan poca información inútil". La "información inútil" a la que se refería Wilde es, en el fondo, la materia del arte y de la poesía, de ahí el desahogo melancólico del escritor irlandés. Pero es obvio que le faltaba información: la mayor parte de los datos son redundantes, y por tanto inútiles, o están aún sin procesar. Por eso, incluso en el mundo de internet queda espacio para la poesía.

Hay siempre más información de la que el hombre y sus máquinas pueden procesar. De ahí que, ante del diluvio de datos en el que vivimos, sean necesarios ahora más que nunca los profesionales de la comunicación, los expertos en analizar, seleccionar, verificar, resumir, extraer y presentar el conocimiento que es realmente relevante para la vida de la comunidad. La flexibilidad de la mente humana, su capacidad de abstracción, su espíritu crítico y su libertad inteligente es lo que nos orienta en la selva de datos que llena de incertidumbre la vida del hombre de internet.

Como ya he mencionado, la cornucopia de datos disponibles ahora es un recurso, similar a otros. Y los recursos no son en sí mismos buenos ni malos: depende del uso que se les dé. En la era de los datos, los ordenadores probablemente controlarán cada vez más cosas, incluso tomarán "decisiones" automáticamente. Pero los hombres continuaremos enfrentándonos a los mismos retos de siempre: buscaremos la sabiduría, una aspiración eterna del ser humano, y con ella la bondad y la capacidad de contemplar la belleza. Por eso para el hombre de internet es especialmente necesario recordar los célebres versos de T. S. Eliott:



*¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en el conocimiento?*

*¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en la información?*

Manuel Martín Algarra

Facultad de Comunicación. Universidad de Navarra

## **La actualidad del mensaje de *Caritas in veritate* a los empresarios: una nueva concepción del desarrollo integrador**

En el número 205 de la Exhortación Evangélica *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco afirma que tenemos que convencernos de que la caridad, con palabras de la *Caritas in veritate*, "no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas" (CV 2).

El pontífice sostiene, en la misma línea que Benedicto XVI había trazado, que "es imperioso que los gobernantes y los poderes financieros levanten la mirada y amplien sus perspectivas, que procuren que haya trabajo digno, educación y cuidado de la salud para todos los ciudadanos" (EG 205).

*Caritas in veritate* propuso una meta bien alta a todos los hombres: la de alcanzar –en este mundo globalizado y competitivo– un *desarrollo que sea auténtico*, es decir, verdaderamente humano, y que haga posible, no sólo que se viva la justicia, sino que lleguemos a conformar una genuina fraternidad. Se trataba, para Benedicto XVI, de una tarea urgente e indispensable, tanto que ha de actuarse *con valor y sin*

